

NO HAY MIRADA NEUTRA: CULTURA Y POSICIONAMIENTO

Juan Pedro García del Campo
Centro de Documentación Crítica - Asociación de Estudios Críticos

Jornadas COACUM

En nombre del Centro de Documentación Crítica (Asociación de Estudios Críticos), quisiera dedicar esta ponencia a reflexionar acerca de la cultura, acerca de la intervención cultural y acerca del asociacionismo cultural, para intentar mostrar que la actividad desplegada en estos ámbitos responde siempre a una determinada manera de mirar el mundo, está siempre necesariamente modulada por un determinado posicionamiento ante el mundo, que produce siempre efectos en el mundo y que, por eso mismo, no es nunca una actividad neutra -ni neutral-, y que ni puede ni debe pretender serlo.

Porque es comúnmente admitida, no intentaré justificar -sólo formularla en voz alta- una consideración previa que es clara (o que al menos debe serlo): que la cultura no es otra cosa que la realidad en la que vivimos, que es el resultado de una larga serie de acontecimientos (demográficos, técnicos, climáticos, sociales, políticos...), cuyo despliegue estudia detalladamente la Historia, que constituye el suelo en el que se mueve nuestra actuación (la de todos) y que es modificada o perpetuada en virtud de esa actuación misma.

La cultura no es, por tanto, un conjunto momificado de piezas de museo o de papeles ya escritos, ni unas músicas cuya norma es el gusto de las élites, ni unos edificios cuyo principal mérito fuera albergar a reyes, a nobles, a eclesiásticos, o servir de escaparate y sede para los símbolos de su poder y de su grandeza. Tan cultura es un palacio como una chabola, una pieza de ópera como un pasadoble, un tanque como una maceta, como un puchero o como una barricada: todas y cada una de estas cosas son, en la misma medida, obra de los seres humanos; todas y cada una de estas cosas expresan, en la misma medida, una forma de habitar el mundo, de vivir en él, de modificarlo para

la cultura no
es más que
la realidad
en la que
vivimos

hacerlo más vivible o más cómodo, para mantener en él la posición social que se ocupa o para terminar con un orden social que se articula sobre la explotación y el dominio.

Entre los siglos XVIII y XIX, el trabajo combinado de la nobleza y de la burguesía terminó por construir el mito de las "bellas artes", de establecer su norma y de excluir en ella todo cuanto pusiera en cuestión la supuesta armonía de un mundo edificado sobre su dominio incuestionable. Desde entonces, pretendiendo que "su gusto" es el gusto universal, y que "su interés" es el interés común, se han empeñado en llamar "cultura" a cuanto simboliza "su" forma de vida. En nuestro mundo postmoderno, por eso, llaman cultura a todo cuanto se compra y se vende, en nuestro mundo postmoderno, por eso, lo que mide la belleza es única y exclusivamente su precio.

Quisiera que no se me entendiera mal: cuando digo que tan "cultura" son los productos del dominio como los del sometimiento, no pretendo reivindicar estos últimos como una "cultura popular" que daba ser "valorizada". Lo que digo es otra cosa: que hablar de "cultura" como un "valor" es algo falso y engañoso; que la cultura, repito, no es otra cosa que la realidad en la que vivimos, que es el resultado de una larga serie de acontecimientos, que constituye el suelo en el que se mueve nuestra actuación, y que es modificada o perpetuada en virtud de esa actuación misma. Propongo, por tanto, que en lugar de utilizar ese término engañoso hablemos, en lo sucesivo, de actuación que genera mundo(s). Eso y no otra cosa es "la cultura": una actuación que, partiendo del mundo, lo modifica y lo transforma y que al hacerlo deja huellas de su paso: catedrales, adosados con vistas a la

playa, chabolas, cuadros, tanques, macetas, pucheros o barricadas.

Nuestra actividad cotidiana, la de todos y cada uno, tiene una serie de consecuencias, produce unos efectos: en lo personal, en lo interpersonal, en lo social, en lo político..., en lo simbólico-cultural en suma. Nuestras actuaciones podrán incidir en el mundo con una mayor o menor potencia, y sus efectos serán más grandes o más pequeños, con ellas conseguiremos, quizá, cambiar el mundo (descubriendo, por ejemplo, una vacuna contra el SIDA, o terminando con la pobreza y la infelicidad), o acaso empeorarlo (impidiendo, con nuestra actuación, que la liberación de algunos o de todos sea posible: dedicando nuestra creatividad, por ejemplo, a trazar planos de prisiones, de manicomios, de palacios, o de edificios para las Iglesias o para las Bolsas). En todo caso, en una o en otra dirección, todas nuestras actuaciones provocan efectos. Y de esos efectos, en buena medida, somos responsables: ya sea por elegirlos o por no calibrar suficientemente las consecuencias de lo realizado.

No podemos negar o "poner al margen" nuestra "responsabilidad" sobre los efectos de nuestras acciones.

Podemos calcular mal esos efectos; podemos desconocer la totalidad de las circunstancias y, así, no prever adecuadamente lo que nuestra actuación va a mover a nuestro alrededor; podemos, incluso, actuar de manera exclusivamente reactiva (es decir, sin ningún cálculo previo, llevados por las circunstancias u obligados por la potencia de las actuaciones de otros), pero siempre que aceptamos actuar en una dirección y realizar una acción mejor que otra, estamos eligiendo (como decía Sartre) lo que queremos ser y lo que queremos que el mundo sea. Tanto más es así cuando nuestra actuación es planificada: en ese caso, no sólo hemos elegido cómo queremos que sea el mundo sino que, además de ello, hemos puesto en funcionamiento mecanismos orientados a hacer ese mundo posible.

Este carácter "responsable" o, por decirlo más propiamente, "directamente político" de las acciones humanas en/sobre el mundo podemos rastrearlo en la observación de las huellas de la actuación humana (tanto en las

que proceden de otros momentos históricos como en las que dejamos en el nuestro):

- la obra de Platón: una filosofía elaborada para justificar su negativa a admitir la capacidad de un gobierno democrático.

- la música dodecafónica: una construcción musical que pretende romper la naturalidad del orden de las armonías del mundo de la burguesía triunfante (que en ese sentido habían sido "racionalizadas" por Rameau en el XVIII), y la construcción de un orden distinto.

- el Guernica de Picasso: un intento de poner en evidencia la monstruosidad de la barbarie fascista.

- el rap o el hip-hop: un intento de articular (o de "recuperarlo", en sus variantes "integradas") y de dar voz a las formas de socialidad (residuales o no) que se construyen en los guettos interiores del mundo capitalista.

- los grandes complejos industriales, los tanques, las macetas, los sindicatos, las centrales nucleares, las barricadas...: ¿alguien puede preguntarse realmente cuál es la "dirección" que siguen, el mundo al que apuntan?

Ninguna construcción humana es, en este sentido, neutra. Ninguna proyección (práctica o simbólica) de la actuación humana es neutral. Nadie hace (aunque lo diga) "arte por el arte". Toda actuación humana produce efectos. Toda actuación humana modifica el mundo y, cuando es realizada conscientemente, además, pretende hacerlo.

Nos demos o no nos demos cuenta, ese es precisamente el motivo por el que nos organizamos, cooperando para conseguir más fácilmente o de manera más segura ciertos objetivos que nos hemos propuesto. Siendo más y actuando de manera coordinada, los objetivos que podremos alcanzar serán mayores, porque mayor será también nuestra capacidad y nuestra potencia.

Este es el motivo por el que nos organizamos. Este es, también, el motivo por el que organizamos Asociaciones Culturales: Asociaciones que pretenden generar mundo(s).

Las Asociaciones Culturales (lo sepan o no lo sepan) son organizaciones que diseñan y realizan actuaciones en el ámbito de la cultura, que intervienen culturalmente: que diseñan y realizan actuaciones en el mundo y que inter-

vienen en él en una dirección o en otra.

Del mismo modo que no hay cultura "neutra" no hay tampoco Asociaciones Culturales que sean "neutrales". Las organizaciones que se constituyen para la intervención "cultural" parten siempre de una preocupación ante una situación en el mundo (es decir, de una cierta manera de mirar el mundo), entienden siempre que deben llevar a cabo un determinado tipo de actuaciones (es decir, eligen qué tipo de intervenciones van a realizar y cuales van a dejar al margen), y tienen como objetivo transformar el mundo que miran en una determinada dirección.

Eso han sido siempre las organizaciones culturales: durante varios siglos, el movimiento obrero ha organizado muchas con la intención de promover una intervención que cambiase el orden social del dominio capitalista; en ese mismo tiempo, las instancias del orden han organizado otras para promover una intervención que "universalizase la armonía". En esa disyuntiva se ha movido, al menos durante los últimos 150 años, el entramado del trabajo con lo cultural-simbólico.

En esta disyuntiva básica, que articula el campo en el que es posible planificar y desarrollar intervenciones en/sobre el mundo (y que sobredetermina todas las elecciones de actuación posible), nos seguimos moviendo: o realizamos intervenciones que cambien el orden social del dominio o trabajamos para la universalización ideológica de la armonía. No hay ningún lugar intermedio entre estas opciones.

Toda organización que trabaje en el ámbito cultural debe enfrentarse en algún momento a esa disyuntiva y, ante ella, decidir cuál es su campo.

Anuestro alrededor vemos proliferar continuamente construcciones a las que, en la perspectiva que vengo desarrollando, habría que considerar plenamente como "instituciones del capital". Instituciones que fagocitan el saber-hacer general y el trabajo colectivo de la creatividad simbólica, poniéndolos al servicio de la val-

orización capitalista, impidiendo de hecho el acceso a las formas simbólicas del antagonismo de una manera que no sea mercantil y fetichizada, que no sea mediada por la forma mercancía. El "universo cultural" está plagado de "instituciones" que, por un lado, reproducen y multiplican las condiciones del consenso ideológico, y que por otro, en la misma medida, ciegan la posibilidad de entender siquiera que es posible (no ya deseable: posible simplemente) construir un universo simbólico, un modo de mirar y de decir, desarrollado desde (y para) el proyecto de construir una socialidad liberada y una cooperación consciente para la vida, que excluya toda forma de explotación y de dominio.

articular
nuestras
organiza-
ciones
como
máquinas
de antago-
nismo,
alternativas
a las institu-
ciones del
capital en el
ámbito cul-
tural y sim-
bólico: que
sean expre-
sión de un
"mirar-el-
mundo"
realmente
alternativo

En tanto que individual y colectivamente estamos interesados en la transformación de las condiciones económicas, sociales y políticas que condicionan la vida reduciéndola a la categoría de simple supervivencia, y en tanto que, además de desarrollar otro tipo de actividades, consideramos que es fundamental que el enfrentamiento a las condiciones del dominio se efectúe también (en algún caso incluso fundamentalmente) en el terreno de las ideas, de lo cultural y de lo simbólico, debemos abordar la tarea de articular nuestras organizaciones como una "máquina de antagonismo", alternativa a las "instituciones del capital" en el ámbito de la intervención cultural-simbólica que, cuando menos, haga visibles las formas teóricas, filosóficas, literarias o ideológicas en las que se materializa el mirar-el-mundo alternativo.

Eso es lo que, modesta pero conscientemente, pretende ser el Centro de Documentación Crítica (Asociación de Estudios Críticos), y eso es también lo que, creemos, debería ser una coordinadora de asociaciones como COACUM, para no quedarse reducida a una caricatura de la naturalización del Orden.